

UNA CONTRIBUCIÓN A LA MODERNIDAD
LA COMUNIDAD FRANCESA EN LA CIUDAD DE MÉXICO



La ciudad de México en 1855 vista desde un Globo, litografía realizada en el taller de Joseph Decaen, parisino que llegó a México a principios de los años 1840. En *México y sus alrededores*, México, Establecimiento tipográfico de Decaen. editor. 1855 v 1856.

Javier Pérez Siller

UNA CONTRIBUCIÓN A LA MODERNIDAD
LA COMUNIDAD FRANCESA EN LA CIUDAD DE MÉXICO *

Javier Pérez Siller

ICSyH-BUAP

*A Francia deben los pueblos de raza latina
el auge y los goces de su moderna civilización,
perennemente en lucha abierta con otras,
si no de mayores influencias
en el campo de la intelectualidad y
el genio artístico,
si en lo material y económico,
esa invasión pacífica
es una peligrosa amenaza
para los pueblos de raza latina*

Justo Sierra, 1909

La historia de una comunidad extranjera en un país determinado es mucho más que el balance del número de los inmigrantes, de sus aventuras, sus propiedades, sus éxitos económicos y frustraciones. La historia de una comunidad extranjera es el examen de la manera como un grupo exógeno se integra a la vida de una sociedad. Es un elemento activo de un proceso que termina por influir, variable pero decisivamente, en la cultura de

* Una versión inicial de este trabajo fue publicado en la serie *Babel Ciudad de México*, México, Pórtico de la Ciudad de México, Instituto de Cultura, 1999. Enriquecido se presentó en el 50 Congreso de Latinoamericanistas, Varsovia, julio del 2000. Agradezco los comentarios de todos mis colegas y de Manuel Cañas, su lectura y sus correcciones.

ambos grupos humanos, en su profunda forma de ser. La presencia de “el otro”, de “lo extranjero”, provoca un proceso de alteración, “alteridad”, donde las dos partes se transforman modificando su sensibilidad.

Las historias de las migraciones y de la sensibilidad se enriquecen si consideramos, en este caso, que el origen de dicha comunidad migrante fue Francia, nación líder en Occidente, y si el lugar del impacto de los migrantes franceses fue la ciudad de México, metrópoli de un país en vías de formación de su nacionalidad. Historiar la presencia de los franceses en la ciudad de México requiere transitar de la historia de las migraciones a la historia urbana; evaluar la manera de como un grupo de extranjeros contribuyó a la vida de la urbe; entender la historia de la ciudad de México a través de la forma como vivieron esas comunidades, identificando su estilo de vida, las dificultades que tuvieron en asimilar lo ajeno, los rechazos que sufrieron, lo que aportaron y la resignificación de esas experiencias por la población de recepción. En fin, abrir la ventana de la historia para dejarse invadir por los vientos de la dinámica local y de la mundialización; los inmigrantes se convierten en signo de las tendencias mundializadoras que se manifiestan en el microcosmos de la ciudad, pero al mismo tiempo son consecuencia de ella que los aleja de su terruño, obligándolos a adaptarse en espacios desconocidos, y convirtiéndolos en factor de progresión de la mundialización en la ciudad y el país de adopción.

Nuestro punto de partida es ir al encuentro de la creación de sensibilidades en una metrópoli, bajo una perspectiva mundializadora. La vida de la comunidad francesa en la ciudad de México nos lleva a preguntarnos

cuál es el sentido de su presencia en un tiempo determinado, a indagar cuál es su singularidad frente a las otras comunidades extranjeras, de “la historia de la comunidad francesa” en la ciudad de México al significado de esa “en la historia de la metrópoli”.

Este ensayo comparte la idea de que la comunidad francesa contribuyó a los procesos de modernidad, que cambiaron el paisaje social y urbano de la ciudad de México –de colonial a moderna– y la convirtieron en la metrópoli de un país consolidado como nación independiente. Resultado que fue el producto de un proceso iniciado a fines del siglo XVIII, y que avanza en la primera mitad del XIX, se consolida en el Porfiriato y adquiere forma propia después de la Revolución de 1910, cuando se expande una cultura “revolucionaria” –con algunas notas antiextranjeras– y el país se abre al predominio norteamericano, paradójicamente.

El ciclo de la influencia francesa acompaña y acelera el proceso, de tímida a principios del XIX a preponderante en el Porfiriato, para decrecer en los años 1930 y 1940 cuando se afirma la hegemonía de los Estados Unidos. Desde entonces la influencia francesa se mantiene discreta gracias a la actividad de algunos empresarios, comerciantes, profesionistas e intelectuales y a la acción de instituciones educativas (escuelas, liceos, institutos), sociales (clubes) y diplomáticas (embajada, consulado). De manera simbólica, los signos de esa pérdida de influencia y de cambio de ámbito (se centrará más en los sectores de la cultura) fueron la fundación del Panteón francés de San Joaquín –lugar de reposo de los activos inmigrantes–, en 1942, y del Instituto Francés de



América Latina, (IFAL) –medio institucional de ayuda a la influencia francesa– en 1945.

Para mostrar el importante papel de la comunidad francesa en la modernidad de la ciudad de México, describiremos el flujo de la inmigración francesa al país, sus causas, sus impulsos, su origen y sus tipos. Veremos la historia de “la colonia francesa”, su importancia numérica, sus sectores de acción, intereses y estrategias de desarrollo. Describiremos las instituciones y los lugares de sociabilidad que la mantuvieron cohesionada y desde donde irradió una manera de vivir. Todo ese universo nos permitirá evaluar la creación, la consolidación y la hegemonía de una sensibilidad francófila –ciertamente elitista–, proyectada a toda la sociedad mexicana y que contribuyó a la modernidad de la ciudad de los palacios, la ciudad de México.

DEL POR QUÉ Y DEL CÓMO VINIERON LOS GALOS A MÉXICO

La inmigración francesa a México comienza de forma regular durante el siglo XIX, durante el Virreinato no fue usual dejar entrar a extranjeros a los dominios españoles en América. No obstante, se han detectado algunos galos durante ese periodo, por ejemplo, en el siglo XVI se menciona la actividad de religiosos franceses (franciscanos, dominicos o jesuitas) que contribuyeron a la “colonización del imaginario”, como los frailes Juan de Tecto, Juan de Ayora o Pedro de Gante. Fue durante el reinado de los Borbones en el trono de España, a fines

del siglo XVIII, cuando los franceses ingresaron al país en mayor número, llamados por sus habilidades en oficios útiles a la nobleza, la administración, el comercio, la minería o la agricultura: así, para 1800 se calcula que vivían 800 galos en la Nueva España, la mayoría en la capital.¹

A ellos se agregan los soldados bonapartistas, que llegaron a Nueva York con José Bonaparte después de la derrota de Waterloo: según el historiador Jacques Penot, diez mil militares se instalaron en 1817 en Nueva Orleans, algunos fundaron un campo de asilo (“Champs d’Asile”) en Texas y otros participaron al lado de los insurgentes novohispanos en su lucha contra los españoles. En realidad querían derrotar a los Borbones y liberar a Napoleón de Santa Elena, pero fueron derrotados por el virrey Juan Ruiz de Apodaca (muchos se dispersaron en el sur de los Estados Unidos y otros más descendieron a los estados de Coahuila, Tamaulipas, Nuevo León, Durango, Zacatecas y San Luis Potosí).²

Sólo hasta la consumación de la Independencia mexicana, los inmigrantes franceses no se convirtieron en un grupo importante y diferente al de los peninsulares o a los de otros europeos que pudiéramos caracterizar como una “comunidad extranjera”. Esto significó un largo proceso de consolidación de una comunidad y de construcción, por parte de los “mexicanos”, de un conjunto de parámetros que definieran ¿qué era “lo

¹ Jacques Houdaille, “Les Français au Mexique et leur influence politique et sociale, 1760-1800”, en : *Revue Française d’Histoire d’Outre-Mer*, 2º Trimestre 1961.

² J. Penot, “Les relations entre la France & le Mexique de 1808 à 1840”, Tesis, Universidad de París-X, 1976.

extranjero”? Proceso que se prologa durante todo el siglo XIX, alimentado por un flujo, aunque no muy abundante, pero si ininterrumpido de inmigrantes.

En ese flujo con causas y circunstancias favorables a las motivaciones propias de los franceses, destacan las ideas que hicieron circular científicos y viajeros europeos: el varón de Humboldt publicó en París su célebre *Ensayo sobre el reino de la Nueva España*, en 1811, en donde afirmaba que el país era inmensamente rico, que poseía enormes y variados recursos y que sólo bastaba con venir a México para cosechar una fortuna colosal.³ Otro elemento impulsor fue el espíritu romántico de aventura y búsqueda de lo exótico, que se propagó con la ilustración, desde fines del siglo XVIII, y que se mantuvo a lo largo de todo el siglo XIX. Pero lo que determinó a esos migrantes salir de su país fueron las condiciones internas de Francia: las guerras napoleónicas, las revoluciones (de 1830 y 1848), el expansionismo de Luis Napoleón Bonaparte (1850-70), así como la guerra franco-prusiana de 1870-1871 y la política colonialista de la Tercera República.

Claro que había condiciones propias de México. Desde la Independencia las élites pensaban en una solución para poblar el territorio -de escasos 6 millones de habitantes en una superficie ocho veces mayor a la de Francia- fomentar la inmigración europea, impulsada exitosamente en Estados Unidos y Argentina. Consideraban que su llegada podría ser un factor de progreso, pues los europeos –consideraban– “eran una

³ Recordemos que esa obra fue muy difundida, y traducida a varias lenguas, en Europa, se hizo una reedición aumentada en los años 1820.

raza superior a la de los indígenas”, contaban con un capital cultural, un oficio y una religión, sabían utilizar herramientas y, en ocasiones, acudían con capital para invertir. Esas ideas se mantuvieron todo el siglo XIX, durante la separación de Texas en 1836 y la guerra contra Estados Unidos de 1847-1849; acentuaron la preferencia por inmigrantes católicos de origen latino, y se implementaron mediante una legislación que promovía la creación de compañías de colonización, a las que se les concedían subvenciones para el viaje a México, terrenos gratuitos, excepción de impuestos y todo tipo de facilidades.

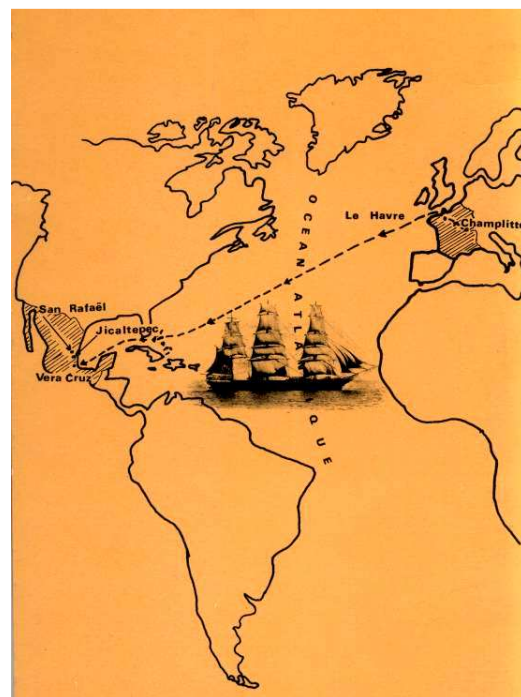
Las motivaciones propias de la migración francesa –expulsión económica o política del país de origen, anhelos de aventura y aspiraciones de riqueza– y la política favorable del gobierno mexicano, para construir una nación, poblar el territorio con europeos y encaminar el país hacia el progreso y la civilización, lograron parcialmente los resultados anhelados. Las poblaciones de Estados Unidos o de Argentina se multiplicaron por ocho o doce, en tanto la de México pasó sólo de 6 millones en 1810 a 15 millones para 1910. Aquellas motivaciones influyeron modestamente para lograr el flujo ininterrumpido de galos a México, iniciado con la experiencia organizada de dos compañías y de una libre e intermitente.⁴

La primera compañía la organizaron François Giordan y el diputado Laisné de Villelevêque en 1828,

⁴ El mejor artículo que da un panorama general sobre la inmigración francesa es el de Jean Meyer: “Les français au Mexique au XIXe siècle”, en *Les Cahiers des Amériques latines*, Paris, Université de Paris-III, IHEAL, 1974, N° 9-10 (existe versión en español publicada en la revista *Relaciones*, N°2, El Colegio de Michoacán, 1980).

con el fin de llevar un centenar de familias francesas a Coatzacoalcos. Al año siguiente, esas llegaron en dos oleadas, pero tuvieron un rotundo fracaso, ya sea por un naufragio, el clima, las enfermedades o por no recibir los apoyos prometidos o por los desbordamientos del río Coatzacoalcos. La mayoría de esos inmigrantes murió, como lo asienta el viajero Mathieu de Fossey, testigo de la catástrofe, algunos se dispersaron en Veracruz, Oaxaca, Tehuantepec, Acayucan y Minatitlán.⁵ La segunda experiencia corrió con mejor suerte, en 1828, Stéphane Guénot, antiguo pagador del ejército -se dice que era conocedor del socialismo utópico de Fourier- y que compraría un predio en las riveras del río Nautla, en Jicaltepec, Veracruz, regresó a Francia, fundó la Compañía Franco-Mexicana y en 1833 organizó el desplazamiento de ochenta colonos de la Haute-Saône, para fundar un asentamiento, de más de 600 personas en Jicaltepec, que prosperó y dejó huellas desde entonces hasta nuestros días.⁶

A esas experiencias rurales agregamos la migración a las urbes, la más nutrida e importante fue la que se dirigió a la ciudad de México. Esta llegó desde principios del siglo XIX y se aceleró durante el Porfiriato, para menguar en la Primera Guerra Mundial. No existen datos confiables, pero se puede avanzar en algunas cifras que dan una idea de su cuantía: si en 1800 había 800 franceses, para los años 1830 ya eran seis mil, ¡el



Cuarta de forros del libro de Jean-Christophe Demard, *Aventure extraordinaire d'un village franc-comtois au Mexique*, Langres, Dominique Guénot Editeur, 1982.

⁵ M. de Fossey, *Viaje a México*, Prólogo de José Ortiz Monasterio, México, CONACULTA, 1994.

⁶ Ver el trabajo de D. Skerritt, *Colonos franceses y modernización en el Golfo de México*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1995, así como los libros de Jean Christophe Demard, en particular: *Émigration française au Mexique. 1. Les communautés agricoles (1828-1900)*, Langres, Dominique Guénot, 1995.

mayor número jamás superado! Sin embargo, con la “guerra de los pasteles” la cifra se redujo a la mitad y se mantuvo hasta 1900, aumentando a cuatro mil quinientos antes de la Revolución. Ciertamente es que se trata de informes oficiales, basados en el número de “cartas de seguridad” otorgadas por las autoridades mexicanas o en los pasaportes de salida expedidos en Francia, que pueden multiplicarse por dos o por tres, como lo sugiere Jean Meyer, quien propone una cifra de nueve a diez mil galos para 1910.⁷ En todo caso, por su número, los franceses son el tercer grupo extranjero en México en la mitad del siglo XIX; el cuarto a fines de siglo y el sexto, poco antes de la Revolución, a principios del XX, superados por españoles, norteamericanos, guatemaltecos, chinos e ingleses.⁸

A excepción de las dos migraciones rurales organizadas por las compañías de 1820-1830, la llegada de franceses a México es un fenómeno eminentemente urbano, se dirige principalmente a las capitales de los estados y a las grandes ciudades, en particular las del centro y del golfo del país, provienen de diferentes partes de Francia (París, Bourgogne, Charente Maritimes, Alsace, Lorraine, Province, Languedoc), sobre todo del Uvaye (valle localizado en los Bajos Alpes) de donde eran originarios en 1910 tres cuartas partes de toda la comunidad francesa. Del total de galos, más de dos tercios se asentaron en la capital, ¿cuándo llegaron y cuál fue su acción en la metrópoli?

⁷ J. Meyer, *ob. cit.*, p.52.

⁸ Ver censos de población en las *Estadísticas Históricas de México*, México, INEGI, T.I, p.43.

EL AMBIENTE Y EL ÉXITO DEL COMERCIO EN LA METRÓPOLI

De 1810 a 1910, el número de los habitantes de la ciudad de México casi se triplicó, de 170 mil llegaron a más de 500 mil. Los inmigrantes franceses, entre seis mil y cuatro mil, poco contribuyeron al crecimiento de la población, no llegaron ni al 0.2% del total, sin embargo, en ese periodo su influencia se extendió decisivamente sobre el comercio, la industria, las finanzas, la sociedad y la cultura, al grado de alimentar, provocar y ser signo del “afrancesamiento” de las élites y la cultura y de contribuir, así, a la modernidad de la metrópoli. Lo que nos conduce a preguntarnos ¿cómo fue posible que un pequeño número de inmigrantes lograr semejante influencia? y a examinar los sectores en los que se asentaron e irradiaron su acción.

Recordemos que desde la metrópoli las élites gobernantes trataron de construir un país independiente, una nación unida, próspera y con identidad propia. Recordemos también que para lograrlo se apoyaron en el mito de la cultura europea como prototipo de la civilización y utilizaron como referencia –e impusieron con las armas– sus modelos culturales, sociales y políticos – federalista, centralista, democrático, autoritario, republicano o monárquico. En fin, esa actitud se nutrió del sentimiento criollo antiespañol y se amplificó con la agresión de los Estados Unidos, cuando se valoraron las raíces católicas y latinas; ese clima social, muy favorable a la buena recepción de los galos por la población, les dio muchas ventajas frente a otros grupos de extranjeros.

Otro factor importante además de las facilidades para la implantación progresiva de los franceses en las actividades económicas y sociales de la ciudad, fue el mito de la “promesa de éxito y riqueza”, obtenida por los hermanos Arnaud. Aún los descendientes de barcelonnettes cuentan, hoy en día, que los tres hermanos:

Llegaron a la ciudad de México en 1821, se asociaron con un tal Maillfert y fundaron el *Cajón de ropa de las siete puertas*, ubicado en la calle de Porta Coeli. Gracias a su constancia y economías, el negocio prosperó y dio empleo a varios paisanos venidos del valle, hasta que en pocos años, dos de ellos regresaron a Barcelonnette con una gran fortuna, despertando entre los jóvenes del Ubye el entusiasmo por la inmigración a México y los sueños de riqueza y aventura.

Ese mito de una realidad en devenir, el del salir para obtener riquezas, resultó para los jóvenes una prueba iniciática: viajar para transformarse en verdaderos barcelonnettes. Una leyenda que desde su nacimiento permitió mantener activa una migración casi secular, en la que participaron más de 3 000 personas esperanzadas en cumplir la proeza. No todos la lograron, pero cuando alguien regresaba a Francia con dinero, reactualizaba el mito y convirtiendo el éxito individual en hazaña colectiva.

Junto a otros franceses, los barcelonnettes fueron muy activos en el comercio, establecieron tiendas de venta de ropa y novedades al menudeo. Después de la expulsión de los españoles en 1827-28, 1829 y 1833, los galos pasaron a ser el primer grupo extranjero de la ciudad de México, en esos años, la diplomacia francesa estimaba que sus comercios manejaban capitales por

más de diez millones de pesos,⁹ cifra un poco exagerada para la época, pero creíble por la mengua de los hispanos. La población empezó, sin embargo, a identificarlos con “lo extranjero” y sus éxitos despertaron a la vuelta de algunos años codicia y celos: se les empezó a achacar los males que esa sociedad sufría. Un sentimiento que reforzaron los tenderos españoles que se quedaron en el país, así como sus competidores ingleses y alemanes.

Eso explica el ambiente de fondo que desató la trifulca popular conocida como “guerra de los pasteles” (1837-38) y la consecuente expulsión de los franceses. El resultado fue la reducción de la colonia gala de seis mil a ¡menos de tres mil!, pero sus comercios no sufrieron daños graves. Para 1837 tres empleados de los hermanos Arnaud lograron amasar ahorros suficientes para establecer un negocio propio: Eugène Caire, Gabriel Derbez y Alphonse Jauffred se instalaron en los arcos del Portal de las Flores y lograron prosperar, lo mismo que Edouard Gassier, quien fundó en 1842 la tercera casa de barcelonnettes, *Las Fabricas de Francia*, la más importante de todas. En 1847, Ebrard y Fortolis fundaron el Cajón de *Al Puerto de Liverpool*, en la esquina de San Bernardo y Callejuela (hoy Venustiano Carranza, a espaldas del Palacio municipal); también se fundaron otro tipo de negocios, como la célebre Droguería de la Profesa, de J. Labadie, la Tintorería francesa, las sombrererías de los hermanos Zolly, de Charles Borel y Théophile Pellotier, las mudanzas de los hermanos Caire, la armería de Limantour, la pastelería “El Refugio” de Charles Plaisant y las famosas librerías de Mailliefert,

⁹ Jean Meyer, *ob.cit.*, pp.61.

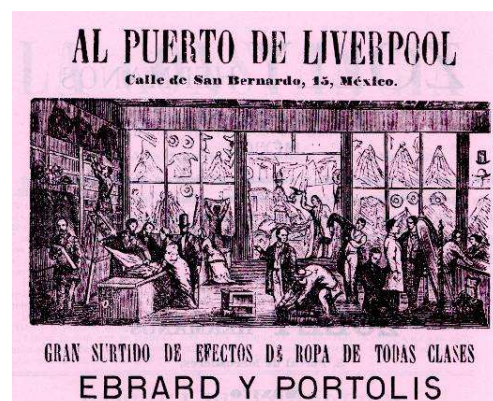
Besserer y Guillet, sin olvidar la de Charles Bouret, una importante casa editorial. En menos de treinta años, enfrentando la competencia que les hacían los españoles, ingleses y alemanes, los franceses habían instalado más de 24 negocios prósperos y exitosos en el primer cuadro de la ciudad de México.

Para 1857, el manual de viajero de Marcos Arróniz da cuenta de la existencia de esos establecimientos:

En la calle de Plateros se hallan los *cajones* ó tiendas de objetos de mas lujo y de las últimas modas francesas, ostentándose en hermosos aparadores de cristales para tentar el apetito de las elegantes damas. Allí también lucen su habilidad en escogidas muestras las hábiles modistas francesas en tiendas notables por el buen gusto. Las peluquerías despliegan en la misma calle sus pomos abrigados de esencias y pomadas y todas las curiosidades propias del tocador, y también pertenecen á franceses. [...] En los portales de Mercaderes se encuentran muy buenas librerías, con toda clase de obras selectas; mercerías también y además sombrererías españolas, alemanas, francesas y mexicanas....¹⁰

La intervención y el Imperio –1862-1867– favorecieron sin duda a la colonia francesa, significaron un aumento de la demanda y una derrama económica y de infraestructura. Con Maximiliano llegó una enorme corte que irradió sus oficios, sus saberes, su estilo y su moda a un sector selecto de la sociedad, las librerías aumentaron, los médicos se multiplicaron, las farmacias se perfeccionaron, los modistas proliferaron, los cajones de ropa florecieron y los franceses se beneficiaron durante esos años, al

¹⁰ M. Arróniz, *Manual del viajero en Méjico o compendio de la historia de la ciudad de Méjico...*, París, librería de Rosa y Bouret, 1858, pp.40.



Anuncio aparecido en *Directorio del comercio del Imperio Mexicano*, México, Ed. Facsímil, Instituto Mora, 1992.

grado de hacerse competencia entre sí mismos. Los propietarios de *El Puerto de Liverpool* “se inquietaron por el éxito del almacén *A los Precios de Francia*, de A. Ledent, que ‘se decía, daba comisiones al mariscal Bazaine por enviarle las damas de la corte’”.¹¹ Los cajones de ropa trataban de satisfacer las exigencias de la moda y se procuraban:

encajes, granadinas y todos los pequeños adornos que en aquellos años de 1865 a 1867 acompañaban a los vestidos de las damas: escarabajos, mariposas, gotas de agua, campanitas, todos adornados de lentejuelas, de madre perlas e incluso, entre las más ricas, pequeños diamantes. Y, por supuesto la más rica variedad de flores y plumas para los tocados que se usaban en el cabello. Y, ¡qué decir de la riqueza de los sombreros, como las solicitadas tartanas que abarcaban toda la cabeza atándose a la barbilla con nubes de gasa, tules y bandas de todos los colores del arco iris!¹²

Esas demandas suntuarias, muy redituables, se surtían en Estados Unidos por medio de los mayoristas ingleses y alemanes, pero la guerra de secesión aumentó el precio del algodón y de los textiles, situación que obligó a las casas francesas a aprovisionarse directamente de Europa. A esto se sumó el establecimiento de una nueva línea de vapores entre Saint Nazaire y Veracruz, La Compañía General Trasatlántica, que redujo considerablemente el costo de fletes. En 1863 Jouffred y Ollivier, de la *Ciudad de Londres*, A. Gassier y Cía de *Fábricas de Francia*, Ebrard y Portolis del *Puerto de Liverpool* y C. Caire y Cía. del *Gran Oriental* negociaron con fabricantes parisinos. De tributarios se convirtieron en proveedores, en 1867 había ya cinco casas importadoras

¹¹ *150 años de costumbres, modas y Liverpool*, México, El Puerto de Liverpool, 1997, p.55.

¹² *Ibid.*, p.56.

y para 1874, año en que se inauguró el ferrocarril México-Veracruz, todos los grandes almacenes galos de la ciudad de México recibían directamente su mercancía de Europa.

El florecimiento de los comercios franceses durante el Porfiriato, ayudaron a la diversificación de la comunidad gala, con la llegada de un millar de inmigrantes de la guerra franco-prusiana.¹³ También contribuyó el clima de paz y prosperidad, el cual fomentó el consumo así como la modernización de la ciudad. En 1881 el alumbrado de las nocturnas calles cambió el rostro del centro: los almacenes de ropa y novedades se esmeraron en presentar las mejores vitrinas, iluminadas, y en ganar la clientela más adinerada de la sociedad capitalina. La moda cambió del abultamiento de los miriñaques, típicos durante el Segundo Imperio, a los vestidos pegados, largos y de enormes colas que tenían la ventaja de descubrir las formas femeninas sensuales. Esas modas fueron impulsadas por los almacenistas, las modistas, las tiendas de sombreros, las de paraguas y las de todo tipo de productos de importación francesa.

Para 1890, el viajero francés Emile Chabrand enumera los negocios de los galos en la ciudad de México, señalando algunas calles, como la primera de Monterilla, el Portal de las Flores y la de Capuchinas, casi ocupadas por enormes y lujosas tiendas. Había 16 grandes almacenes vendiendo al mayoreo o al menudeo, todo tipo de telas nacionales y francesas y de artículos

¹³ Según los datos de Jean Meyer, además de 325 provenientes de Alsacia y Lorena, venían 207 parisinos, 325 del Macizo Central, 161 de Aquitania, 188 del país vasco, 182 de Provenza y Languedoc, 150 de Bretaña, 55 de Charente maritime, entre otros Ver: "Les français au Mexique au XIXe siècle", *ob.cit*, pp. 55.

venidos de París, cinco casas de comisionistas, una importante sombrerería, dos casas de confección, una papelería, una fábrica de aceites, otra de taponés, tres panaderías, una cafetería y una carpintería. En total, Chabrand enumera 32 establecimientos barcelonnettes localizados en el primer cuadro de la metrópoli.¹⁴ Y, para demostrar el auge y reforzar el mito fundador, agrega:

¿quieren cifras, documentadas y precisas?, se puede evaluar a cuatrocientos cincuenta los barcelonnettes que cuentan con fortunas que varían de cincuenta mil a ochocientos mil francos, y más de treinta los millonarios. Uno de estos últimos acaba de morir en Niza dejando, dicen, de quince a veinte millones a sus hijos; cultivaba la tierra y cuidaba los borregos antes de ir a México.¹⁵

Las ganancias no se van en su totalidad a Francia lejos de lo que se piensa, la mayoría se reinvierte en México, y los establecimientos galos no se reducen tampoco a los de los barcelonnettes. El centro de la ciudad se encuentra atestado de tiendas francesas, las vemos desde el Portal de Mercaderes, la calle de Plateros, de San Bernardo, de La Palma, de Portacoeli, hasta la de San Agustín. Y no sólo se trata de tiendas de ropa y novedades, también las hay en otros giros. En 1904, Auguste Genin describe un panorama general de la colonia francesa y, para la ciudad de México, da los datos siguientes:



Anuncio aparecido en *Almanaque Bouret para el año 1897*, México, Ed. Facsímil, Instituto Mora, 1992.

¹⁴ Para todo el país, Chabrand enumera 132 establecimientos barcelonnettes, entre los cuales menciona 86 almacenes de novedades, que logran anualmente venta por “varios cientos de millones de francos y que crece cada día”. E. Chabrand, *De Barcelonnette au Mexique, Inde, Birmanie, Chine, Japon, Etats-Unis*, Paris, E. Plon, 1892, p. 404.

¹⁵ E. Chabrand, *ob.cit.*, p. 412.

llegan entonces a la cifra notable de 98, de las cuales 16 almacenes de ropa al por mayor y menor, 11 casas de comisiones, 8 mercerías, 7 sastrerías, 2 farmacias, 7 almacenes de vinos y licores, 4 restaurantes, 4 zapaterías, 2 joyerías, 3 librerías, 3 paragüerías, 3 carpinterías, 2 mueblerías, 2 curtidorías, 2 imprentas-litográficas, 2 armerías y varias sombrererías, papelerías, dulcerías y pastelerías, panaderías, hoteles, casas de huéspedes, etc.; además de una fábrica de aceita, una de taponés, una de productos químicos, dos de perfumería y tres de licores.¹⁶

Todas ellas habían alcanzado gran prestigio y nutrida clientela, tanto en la metrópoli como en el interior de la República. Los galos habían vencido a sus rivales y se convirtieron en hegemónicos en el comercio de bienes duraderos en la gran ciudad de México.

METAMÓRFOSIS:

DE TENDEROS A INDUSTRIALES Y FINANCIEROS

Durante los años de expansión comercial, los franceses incursionaron en la industria y la banca. La crisis de 1883-1886 frenó sus ventas por falta de abastecimiento y los forzó a organizarse. Algunos negociantes se decidieron entonces a comprar una fábrica textil, que les dio un inmediato y excelente resultado. Ese gesto lo repitieron en grupo, sumaron sus ahorros y, afines de esa década –favorecidos por la política fiscal de fomento a nuevas inversiones–, crearon varias sociedades anónimas y transformaron viejas fábricas en industrias. Así, durante los años 1890 y la primera década del siglo XX, reinvirtieron sus ganancias y se transformaron en directores, gerentes, accionistas o propietarios de las

¹⁶ Bianconi, *El Florecimiento de México*, México, 1907, p.232

industrias de bienes de consumo masivo más modernas del país.

Este proceso inicia en la ciudad de México. Vemos a Sebastien Robert, propietario de *El Centro mercantil*, fundar tres fábricas en Tizapán, al sur de la ciudad: “La Alpina”, fabrica de sábanas, con 500 obreros; “La Hormiga”, fábrica de algodón, con 200 operarios, y “La Corona”, de bonetería, también con 200 empleados. Las tres alimentadas por plantas hidroeléctricas propias. Lo mismo hizo el activo empresario barcelonnette J. Ollivier, propietario de *La Ciudad de Londres*, quien además había concentrado varios establecimientos, entre ellos la *Cristalería Moderna*, *La Sorpresa* y *La Primavera*, y una “Gran fábrica de Loza”, ubicada en la calle de Niño Perdido. La sociedad de Jean Veyan, propietaria de *La Francia Marítima*, invirtió sus ahorros en dos fábricas de ropa: “Santa Teresa” y “La Magdalena”, ubicadas en lo que hoy es la delegación Contreras. L. Foudon, propietario de *El Gran Oriental*, almacén de novedades, tejidos de lana, seda, algodón, bonetería y camisería, fundó la “Gran fábrica de Paraguas y Sombrillas”. Otro activo comerciante, Emilio Manuel, propietario de la *Sedería y corcetería francesa*, tenía una Gran fábrica de corsés “La Princesse”. En fin, que decir de *El Palacio de Hierro* que además del gigantesco almacén, contaba con sus propios talleres de confección y fábricas, donde empleaba a miles de obreros.

Además de textiles, donde los franceses controlaron alrededor de dos tercios de la producción de la capital y más de la mitad de la del país, participaron también en otros ramos industriales, no menos importantes, como los vinos, los enlatados –Clemente

Jacques–, y otras novedosas y modernas industrias: “La manufactura de seda” de Hipolito Chambon, situada en Santa María de la Ribera; *Au champ fleuri*, de Eugenio Gassend, creada en 1889. Esta última es una curiosa fábrica de flores y plantas artificiales, alimentadas por electricidad. En su publicidad leemos:

Especialidad en flores para sombreros, plantas para salas, palmas esterilizadas, diademas, azahares para novia. Departamento de electricidad, privilegio exclusivo para flores luminosas, guirnalda decorativas, cetros de mesa. Se alquila material para toda decoración luminosa. Flores-pantalla para lámparas incandescentes para fiestas públicas y casas particulares [y señalaba que], para los estados es indispensable indicar el voltaje de la corriente.¹⁷

Se puede mencionar a “La Colmena” de Reynaud y Sales, Suc., tenería y fábrica de calzado y de bandas y guarniciones; “cuenta con teléfono” –reza su publicidad– y muestra orgullosa sus medallas de oro y de plata obtenidas en la exposición de New-Orleans, de 1884-1885. O la fábrica de Sombreros de Theophile Pelotier y Cía., del Portal de Mercaderes, o la de los famosos sombreros “El Castor” de Tardan Hnos o también la “Gran fábrica de cachuchas, boinas y sombreros” de S. Brom, cuya casa matriz estaba en París. Existían varias de aguas gaseosas, la de Explosivos –que era un monopolio otorgado por el gobierno– y de tapicería.

La más espectacular de todas es, sin duda, “El Buen Tono” fábrica de cigarros. Fue fundada en 1873 por Ernest Pugibet, quien la convirtió en sociedad anónima

¹⁷ *México y las colonias extranjeras en el centenario de la Independencia, 1810-1910*, México, Bouligny & Schmidt Suc., 1910, p.138.

en 1894, ampliando su capital a un millón de pesos. Trajo máquinas de Francia para pegar los cigarrillos y, en poco tiempo, desarrolló su propia tecnología. A principios del siglo XX, aumentó su capital a cinco millones y comenzó a expandirse, al grado de absorber la enorme Cigarrera Mexicana. Así se transformó en

[...] la más grande y prospera en ambos hemisferios, cuyo abastecimiento mundial no tiene rival, siendo su noble y codiciada demanda de tal cuantía y significación comercial en los mercados de Europa y América ...[que] sus acciones son muy rebuscadas en las bolsas extranjeras, en donde se cotizan con muy altos premios.

El Buen Tono con su fábrica en la Plaza de San Juan (hoy colonia tabacalera), abarcaba toda la manzana y albergaba en su seno: talleres, bodegas, patios, oficinas, habitaciones para empleados, caballerizas, “todos los departamentos son dignos de visitarse, por el lujo con que están montados y la limpieza sin igual”, apuntaba Binaconi en su célebre libro *El Florecimiento de México*, y agregaba “Bajo las anchas naves de la gran fábrica, se mueven en sus labores 600 hombres, 1,200 mujeres y 70 empleados en las oficinas”.¹⁸

Además de la variedad enorme de cigarrillos y puros –controla tres cuartas partes del mercado de la ciudad de México–, que tienen nombres emblemáticos como “Alfonso XIII”, “Napoléon”, “Porfirio Díaz”, “Glorias de la Reforma”, etc..., la empresa participa con sus puestos en quermeses y fiestas públicas, fomenta todo tipo de eventos sociales, como tómbolas, carreras de bicicletas y modernas carreras de autos. En su



Tienda de “El Buen Tono”, ubicada en la colonia construida por la misma empresa.

¹⁸ Bianconi, *ob.cit.*, p.162.

publicidad, aparecida en carteles, periódicos y revistas – modelo para la época–, difunde una serie de caricaturas con personajes propios y siempre con referencias a la actualidad internacional. Todos los años contribuye activamente a la organización, financiamiento y difusión de los festejos del 14 de julio. Es una industria, como las textiles o de cerveza, que esta creando un mercado propio –arraigando el gusto de fumar– por medio de la publicidad y su participación en eventos sociales y que, al mismo tiempo, difunde una cierta cultura urbana que refuerzan y complementan los almacenes.

La instalación de esas modernas industrias fue acompañada por la creación de “grandes almacenes”. Los viejos “cajones” o tiendas fueron desplazados por un concepto nuevo: el almacén, instalado en grandes y lujosos edificios, de varios pisos, donde los clientes encontraban todo tipo de productos, nacionales y de importación, en un perfecto orden consagrado al consumo. Uno de ellos, el que alberga *Las Fábricas Universales* (ubicado en la esquina de Venustiano Carranza y 5 de febrero) de A. Reynaud, es un enorme edificio de seis pisos, rematado con un domo, finamente decorado con azulejos y grandes ventanales, con diseño y estilo *Art Nouveau*, muy semejante –y podría decirse igual– al edificio de *Le Bon marche*, ubicado en el boulevard Haussmann, en París.

Su construcción se basó en los planos del arquitecto parisino Eugène Ewald y fue ejecutado por el ingeniero Miguel A. de Quevedo. El día de su inauguración, 2 de agosto de 1909, el reportero de la revista *Artes y letras* insiste sobre los cambios de gustos

que anuncia y los aportes que hace a la fisonomía de la capital mexicana:

Llaman á nuestra Metrópoli la Ciudad de los Palacios, por el aspecto señorial de los edificios, por lo grandioso de sus fachadas y por lo confortable de las residencias de los ricos y de las personas de elevada condición. Más en el desarrollo grande de nuestro comercio, en la fiebre de elegancia que va llegando ya á las costumbres de la mujer mexicana, en los refinamientos del lujo y de la delicadeza en el vestir, era preciso que hubiera un edificio con aspecto de palacio, á la manera de los que se admiran en París, Londres y New York. [...] el acto de inauguración fue uno de los más solemnes que hemos visto en el comercio de México. Asistieron las más distinguidas damas de nuestra mejor sociedad.¹⁹

Durante las dos décadas anteriores a la Revolución, 1890-1910, emergieron estos nuevos tipos de instalaciones comerciales que aún hoy vemos en el centro de la ciudad, como *El Palacio de Hierro*, *El Centro Mercantil*, *La Oriental*, *El Puerto de Liverpool* o *La Esmeralda*, entre muchos otros. Se trata de las modernas catedrales del consumo donde religiosamente las clases adineradas –y las medias en ascenso– nutrían, nutren aún, el estadio de vida al que aspiraban; allí encontraban lo necesario para hermostear su casa; amueblarla, decorarla, completar su ajuar personal y embellecer su fisonomía, darle el toque social de la época a su personalidad. En realidad se nutrían –como hoy lo hacemos en los centros comerciales– de una cierta estética y estilo de vida que les hacia ser aceptados y apreciados en sociedad y que les daba acceso al “gusto típico” de un mundo cada vez más cosmopolita.



Las Fábricas Universales, en *Artes y Letras*, 1909.

¹⁹ “Un palacio de la elegancia en México: Las Fábricas Universales”, en *Arte y Letras*, Semanario Ilustrado, dir. Lic. Ernesto Chavero, Año VI, México 8 agosto de 1909, N° 142, p.16.



Este fenómeno social y cultural tiene su base en un proceso de concentración de capitales y centralización de negocios que expresa la tendencia mundializadora de la época, y que rebasó la ciudad de México –se expandió o irradió al exterior– y llegó a los Estados, uniendo comercios, industrias y finanzas. Proceso en el que participaron activamente los inmigrantes galos. El ejemplo más claro es la fundación, en 1889, de la Compañía Industrial de Orizaba, S.A., CIDOSA, que en pocos años creó cinco fábricas en el corredor industrial de Río Blanco, de las más modernas de América latina. La Compañía fue fundada por un selecto grupo de comerciantes y financieros de origen galo, asentados en la ciudad de México. Entre ellos destacan: C. Caire y Cía., del *Gran Oriental*, Joseph Tron, propietario de *El Palacio de Hierro*, J. E. Ebrard, de *El Puerto de Liverpool*, Lambert, de *El Correo francés*, Signoret y Honnorat, de *El Puerto de Veracruz* así como uno de los fundadores del ferrocarril México Veracruz, el inglés Tomas Braniff, cuya línea pasaba precisamente por Orizaba.²⁰ El ejemplo se repite en otros complejos industriales, como el de las cervecerías Moctezuma, de Orizaba, y la cervecería de Toluca y México, así como en CIVSA, Compañía Industrial Veracruzana, S.A., donde percibimos la participación de varios galos, con grandes almacenes en la ciudad de México.

Los franceses siguieron el ciclo clásico de la economía mundializada, de comerciantes pasaron a fabricantes, de fabricantes a industriales, de comisionistas o industriales a financieros que

²⁰ Ver: Bernardo García Díaz, *Santa Rosa y Río Blanco, Veracruz: imágenes de su historia*, Xalapa, Gobierno del Estado de Veracruz, 1989.

concentraron múltiples negocios estratégico. Desde muy temprano participaron en la fundación del Banco Nacional de México. En 1881, Edouard Noetzlin, representante del Banco Franco-Ejipcio, obtuvo una concesión para fundar el Banco Nacional Mexicano que, tres años más tarde, se fusionó con el Mercantil Mexicano y dio nacimiento al actual Banco Nacional de México que abrió sus puertas en el edificio del Palacio de Iturbide. Entre los promotores encontramos algunos capitalistas y financieros de Francia –por ello contó con una Junta directiva en París–, y varios inmigrantes franceses, aliados con acaudalados comerciantes españoles, alemanes y mexicanos. En su primer Consejo de administración aparece el comerciante Sebastien Robert, propietario de *El Centro Mercantil*. Otros galos participarán más tarde, como Auguste Garcin, de CIDOSA, Luis G. Lavie, o el célebre Ernest Pugibet, fundador de El Buen Tono.

La incorporación de los inmigrantes franceses a las finanzas se consolida, en 1896, cuando el gobierno abrió definitivamente este sector a la competencia, rompiendo el casi monopolio de emisión de billetes que gozaba el Banco Nacional. Protegidos por José Yves Limantour –descendiente del dueño de la armería Limantour–, secretario de Hacienda de 1892 a 1911, los más connotados comerciantes galos participaron en la fundación de los principales bancos nacionales (Banco Central Mexicano, Compañía Bancaria de Obras y Bienes Raíces, S.A., Banco Agrícola e Hipotecario), así como en la de varios bancos de los Estados (Yucatán, Estado de México, Guanajuato, Morelos, Querétaro, San Luis Potosí, entre otros.) y, junto a los inversionistas de



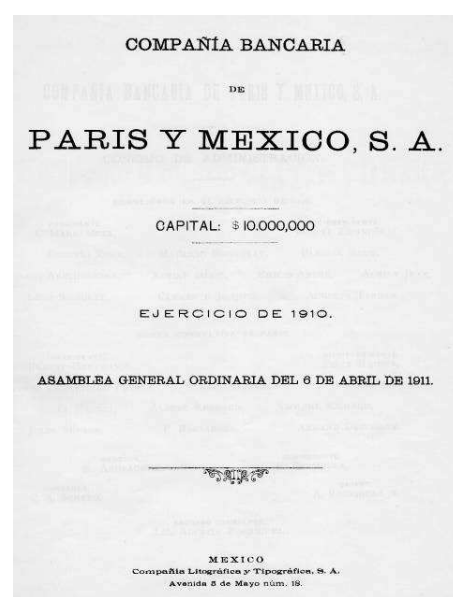
Luis G. Lavie, consejero del BNM, en Francisco Trentini, *El Florecimiento de México*, Tipografía de Bouligny & Schmidt, 1906.

Francia, llegaron a dominar dos tercios del capital bancario nacional.²¹

Todo comenzó con la iniciativa de un grupo de empresarios franceses, que unidos a comerciantes españoles adquirieron la mayoría de acciones del Banco de Londres y México (entre ellos, Léon Signoret, Henri Tron, Mateo Lambert, Léon Ollivier, Alphonse Michel, Léon Honnorat, Gratien Guinchard et Josep Hauser). Al poco tiempo terminaron por controlar tres cuartas partes del capital del banco. Todavía en los años 1950 encontramos algunos franceses en su Consejo de Administración, Ernest Spitalier, la existencia de un Comité Consultivo de París, y un presidente francés, Gracien Guichard.

La Compañía Bancaria de Obras y Bienes Raíces merece atención especial, no sólo la fundaron los “nuevos criollos” galos, sino que fue la culminación del sistema moderno de urbanización de la ciudad de México: resultó de la fusión de varias compañías (fraccionadoras, constructoras, de pavimentación y de cemento) y contribuyó a la creación de nuevas colonias, como la Cuauhtemoc y Juárez, pavimentó calles, metió drenajes, alumbrado y preparó las instalaciones para los tranvías. Pero la coronación de esa metamorfosis fue la creación de la Compañía Bancaria de París y México que contaba con la participación del grupo selecto de hombres de negocios, transformados en financieros. Entre ellos reconocemos los nombres de Eugene Roux,

²¹ Aspecto que tratamos en el artículo “Inversiones francesas en bancos regionales: del Estado de México, de Guanajuato y de Yucatán”, en J. Pérez Siller, (coord.), *México Francia: memoria de una sensibilidad común, siglos XIX-XX*, México, BUAP-El Colegio de San Luis-CEMCA, 1998, pp.195-223.



Portada del informe a la Asamblea general ordinaria de la “Compañía bancaria de París y México, S.A. Documento proporcionado amablemente por Minouche Subervielle (Genevieve Beraud).

Maurice Honnorat, Léon Signoret, Clemente Jacques, Auguste Tardan o J. Manuel.

El ciclo no puede ser menos ejemplar de la evolución del capitalismo decimonónico: comercio, industria y banca, lo cual habla de una complementariedad en los giros controlados por los franceses. Y, dado el número de negocios, industrias y bancos que poseían, su influencia en la economía de la ciudad devino muy influyente. Podemos afirmar que los inmigrantes franceses fueron determinantes en la evolución de la economía urbana de la metrópoli, y que se convirtieron en un motor para su modernización, no sólo económica y financiera, como ya vimos, sino también en la creación de una cultura de consumo, con sus hábitos, costumbres y estilos de vida, en la formación de una sensibilidad, así como en la construcción de la fisonomía de la gran urbe, fenómenos examinados por el geógrafo Federico Fernández Cristlieb²².

²² Ver su capítulo “La influencia francesa en el urbanismo de la ciudad de México: 1775-1910”, en *México Francia: memoria de una sensibilidad común, siglos XIX-XX*, México, BUAP-El Colegio de San Luis-CEMCA, 1998, pp. 227-265.



LA VIDA COMUNITARIA: ALTERIDAD – AFRANCESAMIENTO

La débil inmigración gala, compensada con la importancia estratégica de sus actividades y la complementariedad de sus inversiones, a fines del siglo XIX, fue las calles del centro de la ciudad poblado de grandes edificios de los establecimientos franceses. Un signo de modernidad que imitaron los estilos arquitectónicos y funcionales, no sólo de hombres de negocio mexicanos, sino los de las demás comunidades extranjeras. Se trataba de una modernidad en funcionamiento, forma y espíritu de consumo; un estilo de vida, sensibilidad que se iba afirmando y que las élites porfiristas llamaron “afrancesamiento”. Se confortó con la actividad que unía a individuos más dispersos de la colonia francesa.

La vida de la comunidad francesa no se puede reducir a unos cuantos hombres de negocio y financieros, por más brillantes e influyentes que hayan sido, y por más prestigio y aceptación que hayan alcanzado entre las élites económicas y políticas del país. Ellos son la parte emergente de un iceberg formado por un grupo, de dos a tres mil miembros, que contribuyó a su éxito y a irradiar el nuevo estilo de vida. El florecimiento económico que hemos constatado no benefició a toda la comunidad gala de la ciudad de México –como sucedió, en general, con el “milagro porfirista” que no alcanzó a toda la población–, pero sí aportó un nivel de vida que no sólo la mantuvo unida y activa, sino que contribuyó a irradiar a la población de la metrópoli. Esto es particularmente revelador al examinar los lugares de sociabilidad que fueron creando.

De la literatura que existe sobre la inmigración francesa a México, ningún libro se detiene a examinar la manera como vivía dicha comunidad.²³ Solo dos autores se preguntan sobre este aspecto. El primero fue Auguste Genin, miembro activo de la comunidad francesa, participe y testigo de su auge y decadencia. Escribió varios ensayos sobre la “colonia francesa en México” y, en 1933, publicó un libro, hoy clásico, *Les Français au Mexique*. Con algunas exageraciones y un franco chovinismo, Genin ilustra la fundación de asociaciones, clubes, escuelas y la actividad de los miembros prominentes de la comunidad, que él mismo conoció. El otro texto es el de Patrice Gouy, *Pérégrination des Barcelonnettes au Mexique*, más reposado y con mayor rigor analítico –la distancia y la óptica etnohistórica–, le permiten plantear el problema de la cohesión de esa comunidad y de los mecanismos que le dieron identidad y la mantuvieron unida.

El mito “de los hermanos Arnaud” fue un factor importante para dar cohesión a los inmigrantes fue la actividad de las instituciones que ellos crearon, por un lado, a lo largo del siglo XIX y, por otro, las celebraciones patrióticas del 14 de julio. Entre las instituciones, la más importante, sin duda, fue la Sociedad de Beneficencia, fundada en 1842. En pocos años no sólo contó con muchos adherentes, sino que se amplió a los inmigrantes suizos y belgas. Contaba con una Sección de socorro mutuo y una Caja de ahorros. Su propósito fue ayudar a los inmigrantes que llegaban al país y darles todo tipo de

²³ Para una bibliografía exhaustiva sobre el tema ver nuestro artículo: “Bibliografía general sobre México Francia: 1920-1997”, en *México Francia: memoria de una sensibilidad común, siglos XIX-XX*, México, BUAP-El Colegio de San Luis-CEMCA, 1998, pp.21-83.

orientación: transporte, alojamiento, trabajo, atención médica, prestamos, etc.. a cambio de una módica cuota. Así, los afiliados beneficiaban *d'un secours mutuel* ²⁴ Un hospital y una casa de ancianos fueron creados en Coyoacán y, al igual que las otras colonias (alemana, española o inglesa), la Sociedad compró un cementerio para enterrar a los miembros de los familiares que no tuvieran los medios para enviar los restos del difunto a Francia. En 1862 se inauguró el panteón de La Piedad, en pleno centro de la ciudad de México, al que le siguió el de San Joaquín, creado en 1942. ²⁵

La Sociedad de Beneficencia estableció vínculos con otras asociaciones y clubes, tales como la iglesia de "Saint-Louis des Français" y algunos establecimientos escolares. Se decía que la Sociedad era la "embajada informal" de la colonia francesa. En la época de florecimiento industrial, 1890-1910, cambió su papel, ya no sólo se dedicó a ofrecer ayuda económica o facilitar la instalación de los nuevos miembros, sino que contribuyó a compensar la falta de familia y la ausencia de relaciones. Recordemos que los inmigrantes se encerraban en los grandes almacenes o fábricas –su objetivo era hacer dinero y regresar a su patria para casarse–, no tenían la posibilidad de integrar una familia, ni de mezclarse con la sociedad mexicana. Los barcelonnettes, afirma P. Gouy, "no podían casarse sin el consentimiento tácito de su patrón. En todo caso debían

²⁴ P. Gouy señala que sus miembros obtenían descuentos de 30 hasta 50% en la Compañía General Trasatlántica. Ver: *Pérégrinations des «Barcelonnettes» au Mexique*, Grenoble, Presse Universitaire de Grenoble, 1980, p.86-87.

²⁵ Cubre 90 hectáreas y encierra al rededor de 10 mil tumbas. En 1942 se creó el panteón de San Joaquín, con 250 hectáreas y 28 mil tumbas. *Idem.*

hacerlo con una francesa, de preferencia del valle. Fueron raros los que se casaron con una mexicana”.²⁶ Así, la Sociedad se convirtió en un elemento de enlace y creación de identidad entre los inmigrantes.

Otra institución unificadora fue el Casino francés (1870), calificado por Auguste Genin: “casa matriz de la colonia”. Servía para unir a los miembros adinerados de la comunidad. En él se respiraba un ambiente de cooperación y refinamiento. Los “solterones” se encargaban de organizar los torneos de boliche, las veladas literarias, los bailes y las tardeadas. Con el tiempo el Casino fue un escaparate de la “cultura francesa” al que asistieron las élites mexicanas y algunos miembros distinguidos de las demás colonias extranjeras. Su funcionamiento favoreció la creación de varios clubes: la Sociedad filarmónica y dramática francesa, la asociación musical *Lyre Galoise*, la Sociedad de Gimnasia y la Sociedad Hípica Francesa, el Velo-club, el Club-France, el Orfeón francés, la Sociedad del 14 de julio, la “Amicale Française”. Fundadas todas con el afán de crear espacios para el esparcimiento de galos, ayudarlos a conservar un estilo de vida y a integrarse – desde la identidad francesa– a la sociedad de México.

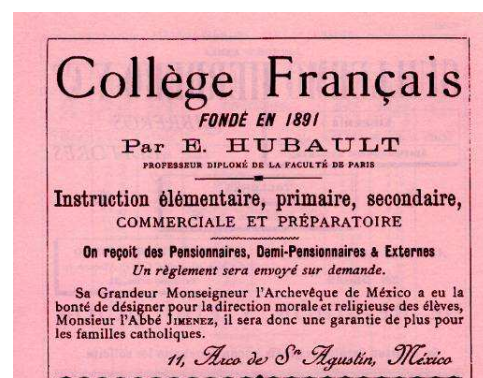
Los diversos colegios, la parroquia francesa de Nuestra Señora de Lourdes –consagrada por el arzobispo de México (23 de octubre de 1897)– fueron otros lugares en donde también se irradió la cultura francesa y en donde las familias se encontraban para reproducir un ambiente de sociabilidad afrancesado. Los inmigrantes eran adolescentes o jóvenes solteros, algunos (que no

²⁶ P. Gouy, *op.cit.*, p.90-91.

alcanzaron éxito o no tuvieron paciencia, tal como algunos compatriotas) formaron matrimonios “mixtos” y favorecieron la creación de escuelas para sus hijos. Intenciones que se sumaron a la alta sociedad mexicana que buscaba heredar una educación “afrancesada” a sus descendientes. La creación de instituciones de educación inicia desde los años 1860, cuando se fundan el “Colegio Franco-Mexicano”, dirigido por Pedro Dalcourt, y el famoso Lycée Forunier, animado por Adrian Forunier. Treinta años más tarde, se establece el Collège Français, administrado por E. Hubault, profesor diplomado de la Facultad de París y, para 1897, fue inaugurado, en la Ribera de San Cosme, el esperado Lycée français.

Es verdad que en esos colegios se expandió el “nacionalismo” francés, frente a las influencias norteamericana, primero, y alemana, después (recordemos que más de 500 jóvenes franceses, residentes o nacidos en México, se enlistaron para pelear en la Primera Guerra Mundial). Pero esas escuelas también difundieron valores y prácticas de mayor alcance. Así lo muestra el informe del Lycée Fournier, de 1909, donde el director anuncia:

la educación para que sea completa, debe tener por base el desenvolvimiento gradual de todas las facultades, morales, intelectuales, físicas y sociales. Coloco en primer término la moral: porque es de advertirse que hablo de la única que confieso verdadera, la que nace de la Religión Católica.²⁷



Anuncio aparecido en *Almanaque Bouret para el año 1897*, México, Ed. Facsímil, Instituto Mora, 1992.

²⁷ “Reseña de la dirección del “Lycée Fournier”, en *Artes y letras*, semanario ilustrado, director Lic. Ernesto Chavero, año v, nº 122, México, 26 de diciembre de 1909, p.24.

¿Había contradicción con el espíritu liberal de la Constitución de 1857? Ciertamente, pero tolerancia del régimen por los valores francófilos que la escuela difundía. Así lo vemos en sus prácticas integradoras. Entre los alumnos que resultaron premiados “sancionados por el voto de sus mismos condiscípulos” – reza el informe– encontramos a franceses: Luis Abbadie, Juan Boué, Teodoro y Aristides Labadie, Roberto Lerch, mezclados con los mexicanos Casasús, Echeverría, Manero, Piña, Roldan y Sainz, entre otros. Además de integrar a padres e hijos de las élites mexicanas y la comunidad francesa, la forma como se hizo la premiación (“por voto de sus mismos compañeros”), muestra que la escuela era ya un laboratorio de prácticas modernas (democráticas) en una sociedad que se regía aún por el autoritarismo.

Ante todo, la unión de la comunidad francesa y el resplandor de sus acciones se concretaron en las celebraciones cívicas del 14 de julio, la toma de la Bastilla. Estas iniciaron en 1880, cuando el gobierno de la inestable república francesa lo instauró como fiesta nacional. A incitativa de Jules Ferry se solicitó a toda la diplomacia “organizar o hacer organizar” esa celebración para que difundiera los valores republicanos, al mismo tiempo que la grandeza de la cultura francesa: de su régimen, su singularidad latina y su pretendida unidad. En los tres primeros años sólo asistieron los galos, dos o tres centenares de personas, pero, poco a poco, se hizo más “en grande”. En los años 1890 ya eran de cuatro a cinco mil asistentes, y para principios del siglo XX, se convirtió

en uno de los eventos más esperados y concurridos de la ciudad, al que acudían más de 15 mil invitados.²⁸

Para tal efecto se creó un comité de organización, por los miembros más prominentes de la comunidad, que elaboraba un folleto financiado por los negocios más prósperos, en donde se anunciaban las actividades. En el programa de fiesta de 1884, leemos:

A 9 horas de matin; Fiesta de la Société Hippique de France, à l'Hippodrome de la société. Mat de cocagne, course en sac, course à anne, course au parapluie, course de mulets et course à pied.
 A 2 heures et demi: kermesse au Théâtre National: divertissement par les artistes du cirque Orrin. Vente de Charité. Tombola. Loterie; lot principal "Grand tableaux de la Vallé de Mexico" par M. Capmann. Bal d'enfants.
 A 10 heures du soir
 GRAND BAL au théâtre Nationale.
 Illumination²⁹

El programa se enriqueció con los años, los discursos de la diplomacia francesa y de los representantes del gobierno mexicano fueron concentrando los valores de fraternidad que unían a los dos países. En los años de prosperidad, al gran baile de el "Casino francés de Santa Clara" asistieron el general Porfirio Díaz acompañado de su familia y todo el gabinete y más de dos mil invitados de lo más granado de la sociedad y de las comunidades extranjeras de la ciudad de México. La fiesta fue el momento en el que la comunidad francesa podía unirse, borrando las diferencias sociales en una celebración

²⁸ Laurie Jurkat, estudiante de maestría en la Texas Christian University, prepara un interesante trabajo sobre la fiesta del 14 de julio, del que hemos tomado algunos datos expuestos en el Seminario "México-Francia" de la Universidad Autónoma de Puebla.

²⁹ M. Proal, y P. Martin-Charpenel, *L'empire des Barcelonnettes au Mexique*, Maresille, Ed. Jeanne Laffitte, 1986, p.52.

política y nacional. Pero si eso sucedió durante los primeros años, su carácter “nacional” se fue perdiendo con el tiempo, abriendo paso a las preferencias de clase; si todos participaban en la kermes y en los desfiles, algunos inmigrantes pobres se quejaban de los elevados precios de las entradas al gran baile. No obstante, los cuantiosos ingresos obtenidos se destinaban a reforzar la tesorería de la Sociedad de Beneficencia que los destinaba al hospicio de ancianos y la casa de niños expósitos.

La importancia de la fiesta del 14 de julio sería crear un lugar identitario de la comunidad, para reunir a un mundo cosmopolita de franceses, también de extranjeros y mexicanos, y exhibir como en las vitrinas de los grandes almacenes la “puissance de la France”, sus modelos, modas, costumbres y conquistas. Para la comunidad francesa, ese mundo afrancesado, la fiesta cívico-popular no fue el lugar único para la identidad y el alimento de la sensibilidad compartida. Los espectáculos, la música, el teatro, la danza, el circo, los bares y restaurantes y sobre todo, la literatura, fueron poderosos medios para ello, encontraron un vigoroso auxiliar en la prolífica prensa francesa publicada en la ciudad de México, aspecto tratado por la historiadora Laurence Coudart³⁰.

³⁰ Ver su capítulo: “Periódicos franceses en la ciudad de México: 1837-1911”, en *México Francia: memoria de una sensibilidad común, siglos XIX-XX*, México, BUAP-El Colegio de San Luis-CEMCA, 1998, pp. 103-141.

UNA FORMA DE SER:

EL AFRANCESAMIENTO ¿SÓLO PARA LAS ELITES?

La caída del gobierno de Porfirio Díaz y de la élite afrancesada significó la pérdida de los apoyos de la comunidad gala en la ciudad de México y significó el inicio del declive de esa influencia. Se acentuó con la sangría de hombres y de capitales provocada por la Primera Guerra Mundial; muchas empresas, con un gesto de patriotismo y respuesta a la crisis de la Revolución de 1910, entusiasmaron a sus empleados para ir al frente. La ideología de la revolución, nacionalista y de tintes xenófobos, terminó por imponerse, adquirió una forma en los años 1940 y abrió las puertas a una influencia norteamericana.

El significado profundo de la presencia francesa, la vitalidad de comunidad, contribuye a la modernización de la cultura urbana: alimentar un estilo de vida y de sensibilidad de élite, identificada con lo cosmopolita (lo moderno). La cultura culinaria es un ejemplo, José Juan Tablada describe con elegancia la delicadeza de los hombres de recursos de México. “El refinamiento y la especial *civilité* del pueblo francés, se habían infiltrado fácilmente en nuestra idiosincrasia [...] Donde mejor se manifestaba aquella benemérita influencia de Francia era en la gastronomía”.³¹ Los restaurantes franceses como “La Concordia”, “La Bella Unión”, el “Tívoli del Eliseo”, de Maurice Porras, el restaurante de “París”, de Montaudon, el de los hermanos Saint Eugin y el famoso Sylvain

³¹ José Juan Tablada, *La feria de la vida*, citado por José C. Valadés, *El porfirismo. El crecimiento*, México, UNAM, 1987, p.118.

Daumont, fueron lugares de sociabilidad donde acudían políticos, potentados, banqueros y algunos periodistas; la flor y nata de la aristocracia. En cualquier banquete que reuniera a la alta sociedad, el menú debía presentarse en francés, compuesto con los mejores platillos, vinos y postres de manufactura gala.

El afrancesamiento de élite y su cultura incuestionable, comentada por Jean Meyer en “los franceses en México durante el siglo XIX” abre la reflexión a otros sectores sociales:

Integrándose a la alta sociedad mexicana, a la clase de propietarios y a la clase dirigente, ese dinámico grupo jugó un papel de primera importancia en el crecimiento económico del Porfiriato y participó a la formación del proletariado mexicano que engendra y dirige con empleados e ingenieros franceses.³²

Los administradores de almacenes y de fábricas tenían una forma de relacionarse con sus empleados herencia de la cultura gala. Una mezcla de paternalismo y de exigencia estricta, con ventajas laborales. En una visita a la fábrica “El Fénix” de los hijos de Max Chauvet, el reportero de la revista *Artes y Letras*, señala que

llamó la atención de todos, el estar establecida allí una Sociedad Mutualista y Cooperativa desde el año de 1903 entre todos los obreros, con capital de \$ 26 000 y un fondo de reserva destinado a socorros, por valor de \$ 2,300, lo que produjo un gran efecto entre todos los que comprendieron lo mucho que significa esto para los obreros.³³

³² Jean Meyer, *ob.cit.*, pp.60.

³³ “Una visita a “El Fénix” y a “El Importador”, en *Arte y Letras*, 12 de 1909, N° 142, p.14.

Esa originalidad, ausente en las empresas “modernas” de otros extranjeros, se repite desde los almacenes y fábricas hasta los restaurantes; en 1893 los trabajadores de esos establecimientos fundaron una Sociedad Francesa de Cocineros, Pasteleros y Dulceros. Muy temprano –la Sociedad de Beneficencia de 1842–, los inmigrantes galos trataron de proteger a sus empleados, no porque fueran trabajadores sino por ser parte de una comunidad. Las relaciones patronales se expresaron y extendieron a otros establecimientos, sobre todo a las industrias, en donde chocaron con las corrientes anarquistas en boga a principios del xx.³⁴

La influencia de la comunidad francesa en la ciudad de México, con sus almacenes, industrias y bancos favorecieron a una economía de mercado, una cultura de consumo transmitió valores y estilos de vida adoptados por la élite mexicana; un tipo de relaciones de patrones, empleados y obreros abrieron un espacio para la creación de organizaciones gremiales. En fin, no sólo fue la modernización de la ciudad (estilos arquitectónicos, formas comerciales, establecimientos industriales y sistemas financieros), sino el cambio de hábitos y cultura de una sociedad anclada en las tradiciones novohispanas, encaminada a la modernidad. La comparación con otras comunidades extranjeras, podrá dar luz en los límites y los alcances de la sensibilidad afrancesada.

Puebla, El Carmen, noviembre de 1999

³⁴ Esto sucedió con extrema violencia en la fábrica de “Río Blanco”, en 1907, de la CIDOSA.